

Corbiza

El Cuento Semanal



LA VOZ DEL CIELO

POR

JOAQUÍN BELDA

ILUSTRACIONES DE ROBLEDANO

30 céntos.

Ayuntamiento de Madrid

Robledano

El Cuento Semanal

SE PUBLICA LOS VIERNES

2 2 2

OFICINAS: Fuencarral, núm. 90.--MADRID

Apartado de Correos 409.

Director literario: EMILIO CARRERE

AÑO V.- 1.º de Diciembre de 1911.-Núm. 257

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Madrid y provincias: Trimestre, 3,50 pesetas.
Semestre, 6,50 pesetas. Año, 12. Extranjero: Semestre,
10 pesetas. Año, 18.

Anuncios á precios convencionales.

Número suelto: 80 céntimos.

COMPRO Y VENDO ALHAJAS

ANTIGÜEDADES, MAQUINAS DE ESCRIBIR
Y FOTOGRAFICAS, PIANO PIANOLA, ESCO-
:: :: :: PETAS Y BICICLETAS :: :: ::

AL TODO DE OCASIÓN

Fuencarral, 45

REMEDIO DIVINO

ANTIRREUMATICO infalible en todas las manifes-
taciones de tan general y molesta enfermedad. Su
éxito es seguro; á la primera fricción atenúa el dolor
por intenso que sea, y con muy pocas más desapare-
ce. Su uso es fácil, cómodo y de positivo resultado.
Pesetas, CINCO el frasco

PEREZ MARTIN Y COMPANIA
Alcalá, 9, Madrid

IDEAL BOUQUET

Perfumería bien surtida.—3, Príncipe, 3, Madrid

CREMA "IDEAL BOUQUET"

De exquisito perfume, compuesta según los últimos des-
cubrimientos científicos. Conserva y blanquea la piel,
preservándola de las arrugas y de las pecas. No contie-
ne grasa. Precio 5 pesetas

POLVOS "FÉMINA"

Especiales para cutis delicados. Perfume delicioso
Precio: 2,50 y 4 pesetas caja

Especialidad en la fabricación de
AGUAS DE COLONIA

Fábrica de corbatas

CAMISAS, GUANTES, GENEROS, DE PUN-

TO, ELEGANCIA, SURTIDO Y ECONOMIA

Precio fijo :: :: CAPELLANES, 12 :: :: Precio fijo



NUESTRO NÚMERO PRÓXIMO PUBLICARÁ

POR UNA COLETA...

FOR GLORIA DE LA PRADA (MIMO)

Ayuntamiento de Madrid

LA VOZ DEL CIELO

En el pueblo no se explicaba nadie el fenómeno; realmente la cosa tenía mucho de inexplicable, y por más vueltas que se le dieran, quedaba siempre en pie el enigma del *cómo* y el *por qué* se había producido tan extraña variación.

Que Tomás—Tomasico, como llamaban todos al hijo de la viuda—, el mozo más jaranero de la comarca, el rey del truco y el campeón del juego de bolos, el enamorado de todas las mozas, y de alguna que ya había dejado de serlo, el guitarrista empedernido y el bebedor consumado, amaneciese una buena mañana manso y cabizbajo, humilde y modoso, diciendo á todos que quería estudiar para cura, era algo tan inesperado y brutal, como si el alcalde hubiese decidido devolver á las arcas del común los frutos apañados en año y medio de rapiña.

La madre fué la primera en echarlo á broma:

—Mira, Sico—dijo la buena hembra algo amoscada—, me parece muy bien que estés siempre de buen humor; pero las cosas santas me vas á hacer el favor de dejarlas á un lado, ¿sabes?

Protestó el chico, afirmó su vocación irresistible, juró no ser broma lo que decía, y, firme en su decisión, como un antiguo mártir de la fe, ilustró sus palabras con unas lágrimas, que hicieron á la viuda soltar la masa con que confeccionaba unos pestiños y acudir á la silla en que Sico se había tirado sollozando.

—Hijo, ¡por Dios! ¿Qué tienes?... ¿Te habrá hecho daño la morcilla de anoche?... Verás: con un poco de ricino se arregla todo...

Ya iba la buena madre á buscar en la alacena del comedor la asqueante pócima, cuando

el varón alzó el rostro con dignidad inefable, y dijo entre sollozos:

—¡Ricino!... ¡Cuán errada vives, madre mía! Más alta medicina requiere mi dolencia; como tú, he juzgado yo hasta anoche las cosas de este mundo... Pero ahora...

Al decir esto sonrió con ese aire de petulancia vana del que está en el secreto; ese aire vacuo que adoptan ciertos diputados de la mayoría en vísperas de crisis.

—¡Por Dios, Sico, por Dios!

—Sí; por Dios, madre, por Dios lo voy comprendiendo todo; cuán ciego he estado.

Hablaba como un galán de comedia al uso, pues con la mudanza moral se le había enriquecido el léxico; él, que pocas horas antes se expresaba como un zafio gañán de escasos principios, de cuyo vocabulario era la perla más primorosa la interjección *¡repuño!*, usaba ahora giros á lo Santa Teresa, y elegancias de un misticismo verbal que serían la envidia del propio Rodrigo Soriano.

En sus palabras palpitaba una decisión firmísima; no tenía explicación humana aquella vocación que le había apresado de pronto, como una pulmonía, y que en el transcurso de una noche había convertido á un sensual tenorio de pueblo en un místico de los de la leyenda heroica.

Tomás se había levantado con el rostro transfigurado, adornado por unas profundas ojeras, errante y vago el mirar, la boca torcida en un rictus doloroso. Era otro hombre, ó, mejor dicho, había dejado de ser el hombretón robusto y decidido—á pesar de sus diez y ocho años—,

para convertirse en una especie de sombra lánguida que evocaba las figuras del desierto.

¿Cómo explicarse humanamente tan súbita transformación? Acaso se tratase de algún ensueño apocalíptico y horroroso, capaz de tocar en el corazón al más empedernido libertino; tal vez de algún fuerte desengaño pasional, recogido la noche antes al pie de la reja de la Bibiana, que era en esta quincena la novia *formal* de Tomasico... Pero no; esta última suposición era absurda, pues al recogerse á casa, á la una de la madrugada última, el joven calavera iba tarareando uno de los infinitos garrotines estrenados este último invierno en el Gran Teatro, y ya se sabe que en las grandes catástrofes morales no suele ser esa la música que viene á los labios... ¡Quién sabe! Después de todo, puede que estuviese en lo firme la seña *Ramona*: acaso una perturbación intestinal fuese la causa de todo aquello. ¿No ha demostrado Hiering recientemente que todos los grandes místicos del ciclo español eran unos disintéricos de duodeno fracasado?

—¿Estará Don Bernardo en su casa?

—¿Para qué lo quieres?

—He de hablar con él.

—No sé; puede que aún no haya terminado la misa.

—Voy allá; lo esperaré si no está.

Se levantó como quien acaba de tomar una firme resolución; la madre le instó para que tomase el desayuno antes de salir á la calle, pero él rechazó la oferta con austera dignidad, como quien repudia la vanidad de un alto cargo en la república.

Don Bernardo era el ecónomo del lugar; varón de unos cincuenta años y de mayor caudal de conocimientos tresillescós que teológicos, vivía en santa paz en una casita fronterá á la parroquia, en compañía de unas gallinas criadas á sus pechos, y de una criada que hacía veces de ama, y que en sus veleidades era más obscena que las gallinas.

Cuando Tomás llegó al portal de la casa del cura, quiso el demonio que Rufina—tal era el nombre de la liviana servidora—estuviese en el pequeño atrio escaldando el cadáver de un polluelo que, más tarde, rehogado con tomate, había de hacer olvidar á Don Bernardo las preocupaciones de su santo ministerio. *Ayuntamiento de Madrid*

más habían tenido que ver meses atrás, claro es que á espaldas del virtuoso sacerdote, y siempre que se encontraban, cambiaban entre sí miradas de un ardor ecuatorial, y frases de un tan subido color, que hubieran sumido en la desolación á cualquier miembro de la Liga anti-pornográfica.

En esta mañana, lo mismo fué divisar la moza al mozo, que erguir el busto, sin cambiar de postura, y, bañándose en prematuras mieles, prepararse para devolver las cuchufletas de él con otras que no le fuesen en zaga. Cuál no sería su estupor al ver que Tomás, parándose á distancia, y con los ojos clavados en el suelo, preguntaba rápidamente, como para acabar cuanto antes:

—¿Está Don Bernardo?

Tomó á broma la muchacha la actitud del mancebo, que á estas y á más tontas sandeces la tenía acostumbrada, y, antes de contestar á la pregunta, quiso ser ella la que hoy iniciase el tiroteo:

—¿Y los *buenos días*, dónde te los has dejado?

—¿No está Don Bernardo?

Alzó la muchacha, y, sin soltar el ave de la diestra, se acercó todo lo posible, para decir en voz baja:

—Pero oye, ¿es que te ha prohibido la Bibiana que saludes á las amigas?

—¡Por Dios, Rufina, contésteme! ¿Sabe usted si está Don Bernardo en casa?

—¡Huy!... De *usted* y todo. ¡Sí que nos hemos vuelto *finolis*.

—¿Está ó no está?

—A ver; mírame.

—Vaya, ¡qué pesada!

—Sí, hijo, sí; ahí dentro está, en el despacho... Oye: y cuando se te pase la alferecía avisa.

Lo último no lo oyó Tomás; penetró de prisa en la casa, y llamando con los nudillos á una blanquísima puerta que abría á la derecha del vestíbulo, dijo con canturreo en la voz:

—Ave María purísima.

—Sin pecado concebida—contestó una recia voz de varón, con la boca interceptada por algún alimento.

—¿Se puede, Don Bernardo?

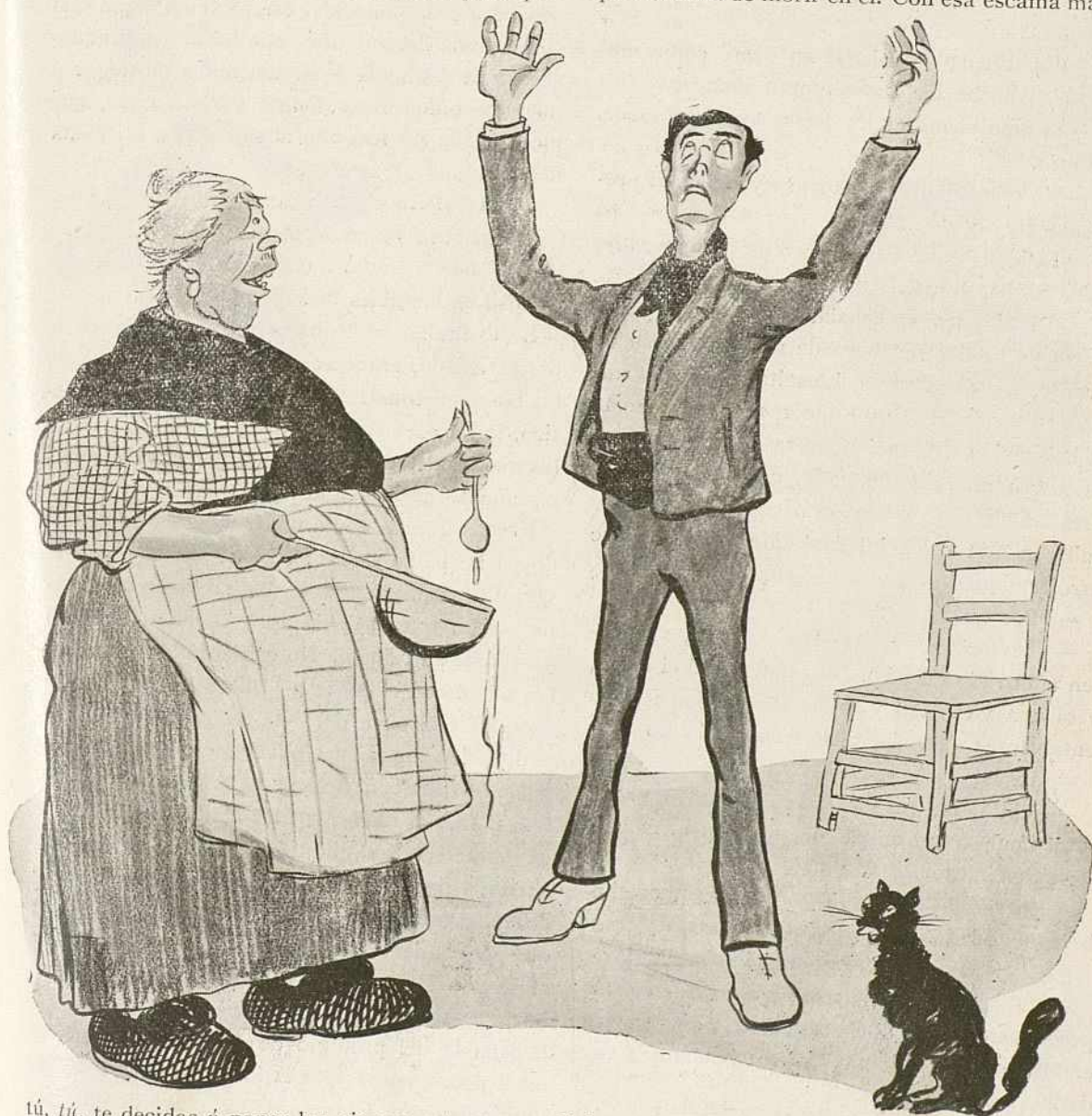
—Adelante—dijo el aludido, con las fauces algo más libres.

El mozo alzó el picaporte, y se encontró en

presencia de un presbítero, que almorzaba sobre una mesa-escritorio, con la misma voracidad con que pudiera hacerlo un cabildo.

—Pero... ¿eres tú, hijo mío? ¡Alabada sea la Santísima Trinidad! ¿Qué pasa en el pueblo, ó, mejor dicho, qué pasa en el mundo, para que

tante; le chocaban sobremanera aquellos ojos bajos, aquellos modales tímidos, aquel tono patético, aquella parsimoniosa serenidad con que el mozo se llevaba de vez en cuando la mano á las narices, como un resto atávico del gañán que acababa de morir en él. Con esa escama ma-



tú, tú, te decidas á poner los pies en esta casa, que por lo visto debe ser un antro, un averno, una prisión, por lo mucho que la huyes?

—Padre...

—Espera—dijo de pronto dulcificándose—. ¡Rufina!...

—No, padre; no la llame usted: yo se lo ruego. He de hablarle de algo secreto, y no quisiera que una tercera persona...

—¡De algo secreto!...

Al llegar aquí, el buen pastor de almas comenzó á fijarse en la extraña actitud del visi-

luciosa, que todo clérigo parece adquirir al tomar las órdenes menores, el padre Bernardo sospechó si se trataría de una burla; estaba de Dios que aquel día todos habían de tomar á broma al pobre Tomás.

—¿Dices que un secreto?...

—Sí, padre; me preguntaba usted hace poco, qué había pasado en el mundo para que yo me decidiese á pisar los umbrales de esta casa. Lo que ha pasado en el mundo no lo sé; lo que sí sé es lo que ha pasado en mi alma.

—¡Carámbano!... Mira, hijo, felizmente ya

he acabado de desayunarme; llegas á tiempo para que hablemos un rato tranquilamente. Pero... ¿no quieres una copita, un bollito?... ¡Rufina!

—No, Don Bernardo, no; de veras.

—Bueno, hijo, á tu gusto... Conque cuenta, cuenta...

—Es difícil; yo mismo no sabré cómo empezar. Anoche me acosté como siempre...

—¡Como siempre! Es decir, con unas copas de más.

—No crea, padre; esas son leyendas. Si precisamente anoche...

—Leyendas que tienen poco de doradas, hijo mío. Sigue, sigue...

—Tardé poco en quedarme dormido, y llevaría ya una media hora de sueño, cuando de pronto, me despierto sobresaltado por un ruido extraordinario, y me incorporo en la cama; la habitación estaba á oscuras, y por el techo se sentía un ruido extraño, algo así como si arrastrasen unos muebles, ó como si las sillas bailasen una polca infernal. Me asusté, quise arrojarme de la cama y no pude...

—¿Por qué?

—Pues no lo sé; parecía como si me hubiesen amarrado al lecho. De pronto cesó el ruido, y oí una voz débil y misteriosa que me decía lentamente: «Tomás, piensa en tu alma.»

—¡Jesús!

—Repitió las palabras tres ó cuatro veces, y, al final, como despedida, añadió: «...y vete á un Seminario».

—No es mal sitio. A otros peores podía haberte mandado.

—¡Ah! ¿Toma usted á chufra mi relato?

—Nada de eso, hijo mío; me conmueve, me preocupa. Al fin y al cabo es la primera vez que en el pueblo se deja oír á media noche una voz de lo alto.

—Y ¿qué opina usted de ello?

—¿Opinar? Contesta primero á una pregunta: ¿en tu casa hay ratones?

—Claro, ¿en cuál no los hay?

—Es verdad.

—¿Por qué es la pregunta?

—Mira, Tomás; yo, en este caso como en todos, procuro atenerme á los sanos consejos de la Teología moral; procuro explicar los hechos raros, primero por la vía natural y humana, y después, cuando todas las explicaciones de este mundo parecen agotadas, busco la so-

lución divina, ó acabo por atribuirselos á la señora del alcalde.

—Sí, pero los ratones no hablan.

—Hasta ahora no, pero ¿quién sabe?

—Parece que aún estoy oyendo las mágicas palabras. No parecía aquello voz humana, no sonaba á cosa conocida, era algo así como una cosa venida de muy alto, que fuese debilitándose con la distancia recorrida antes de llegar á nuestros oídos. Voz divina, voz del cielo, que me hablaba un lenguaje no oído por mí hasta ahora...

—¡Claro! En el pueblo nadie habla tan alto.

—Voz cuyo mandato debo obedecer, siguiendo la senda trazada, á cuyo final debe haber un paraíso de inefables delicias.

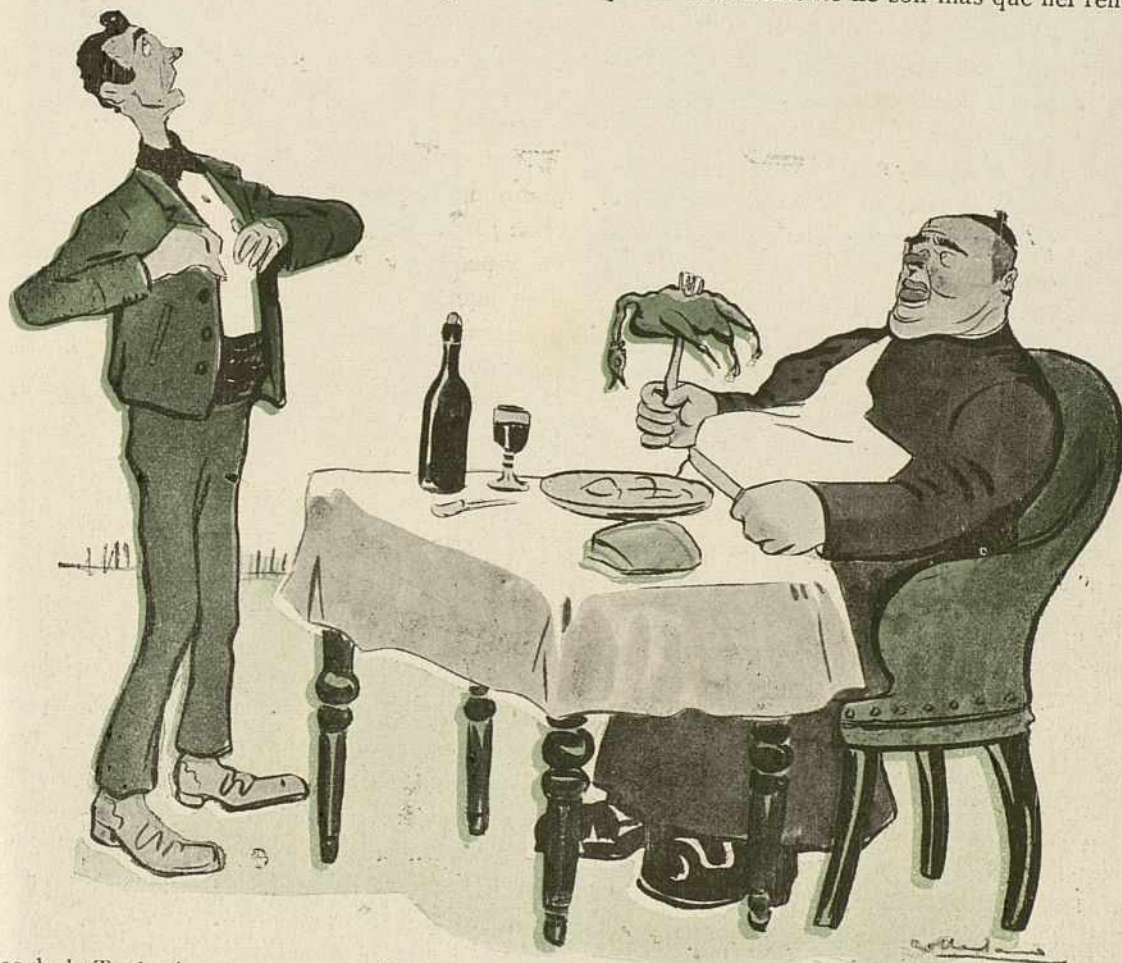
Se exaltaba, se transfiguraba; el párroco le oía extasiado, entontecido, viendo cómo una de las manos del mancebo, en aquel gesticular místico, iba á caer sobre la bandeja en que yacían los restos del desayuno, haciendo presa en el remanente de bizcochos.

Tomás lloraba como una beata. Don Bernardo ya no podía dudar; se trataba de una conversión fulminante, un caso de retorno á la buena senda, que él debía aprovechar como buen pastor de su rebaño. No cabía duda: Dios había tocado en el corazón al libertino, y él debía completar la obra del Altísimo, para tranquilidad de las mozas del pueblo, víctimas, más ó menos presuntas, del calavera. Fuesen los ratones, fuesen unos muebles caídos con estrépito, ó fuese la imaginación levantina del joven, excitada por una cena á medio digerir, ello es que el prodigio se había obrado. No tenía por qué parar mientes en discernir los medios de que el Divino Padre se había valido. ¿No fué una burra la del milagro de Balaan? ¿No fué una ballena la del prodigio de Jonás? ¿No fueron unos peces y unos panes los del milagro de la multiplicación? El buen padre apuró de un sorbo el agua azucarada que había sobrado del condumio—no sólo para recreo de la boca, sino también para librarla de algún puñetazo inconsciente de Tomás—, y después de haberse enjugado los morros con una de las mangas parroquiales, habló así, pletórico de unción:

—Hijo mío, cálmate; no debes llorar, sino reír con la más sana de las alegrías. Dios te llama. ¡Dichoso tú! Acude, acude á su llamamiento, como el cabrito huérfano descarriado del redil acude á la voz meliflua del pastor que

le llama para cargarlo sobre sus hombros. Huye del mundo, huye de este averno sin fondo, donde las malas pasiones y los impuestos indirectos matan todo germen de noble idealidad; huye del mundo, purifica tu alma en las aguas man-

aunque yo no sea Hamlet ni tú Ofelia—el padre Bernardo conocía á Shakespeare de una vez que estuvo en Murcia y le leyó en la biblioteca del Círculo católico—, haz caso de mis palabras, que en este momento no son más que fiel reflejo



sas de la Teología, y, una vez purificado, vuelve á él para luchar por la Cruz y por la gloria del Crucificado.

Hablaba como en el púlpito, se creía en él, á pesar de no tener más auditorio que Tomás, una hermosa gata color ceniza, que dormía en el alero de la ventana, y un par de docenas de moscas, esparcidas, zumbonas, por la habitación. De ordinario, en la iglesia, tampoco solía ser más numeroso el público que le escuchaba, ya que en aquel pueblo descreído y escéptico todo el cultivo del espíritu quedaba reducido á las serenatas nocturnas de los mozos y á leer los fondos de los periódicos madrileños, cuando el peatón quería traerlos.

—Oye la voz del cielo, hijo mío; feliz el que la escucha alguna vez en su vida; pero desgraciado el que, habiéndola escuchado, no sigue sus indicaciones. Créeme: *vete á un Seminario*. Y

de las palabras del Altísimo. Por mi boca habla en estos instantes el Señor de todo lo creado.

Al llegar aquí, el cura lanzó un eructo triple, con proporciones de catástrofe; fué un berrido colosal, proteico, una especie de biblia gaseosa, que no fué más que el anuncio de que el almuerzo ingerido por el *pater* acababa de hacer su entrada feliz en el estómago.

Con tan solemne expresión dió por terminada la entrevista; se puso en pie, y al despedir al mancebo en la puerta, aún le repitió, ante el asombro de Rufina:

—Tomás, vete á un Seminario.

Y se fué.

A los pocos días, el hijo de la viuda, metido en un coche de tercera del correo de Madrid, abandonó el pueblo que le vió nacer—y que

le vió cometer todas las barbaridades de su borrascosa vida de libertino—con dirección á la capital de la provincia. En la estación le habían despedido, con lágrimas en los ojos, su madre, el padre Bernardo, la Rufina, un grupo de amigos y la Bibiana, la ex novia postrera del futuro ministro del Señor, que después de una crisis nerviosa en los primeros días, al enterarse de la resolución de Tomasico, había procurado acomodarse á la realidad y á las circunstancias, consolándose con la idea de devenir, andando el tiempo, ama del señor cura con quien ella soñó para marido.

El departamento en que Tomás se había metido iba atestado de gente; diez hombres lo rellenaban en todos sus huecos, diez dignísimos miembros de dos cuadrillas toreras, que, habiendo lidiado el día antes unos becerros en un pueblo de la costa, se dirigían ahora á Alicante, en cuyo circo taurino pensaban continuar la recolección de naranjas con que el público premiaba en todas partes sus proezas legendarias.

Todos ellos eran de la región; honrados hijos del trabajo en los muelles y en las eras, que un buen día habían abandonado el trillo ó la descarga de buques, soñando con las glorias de «Lagartijo» y con los dineros de Rafael Guerra. No habían estado nunca en Andalucía, á pesar de lo cual se creían en el caso—por aquello de que la profesión imprime carácter—de usar todos el sombrero ancho y de hablar un andaluz de zarzuelilla, que hacía renegar del lenguaje de los hijos de la Bética.

Cuando vieron entrar á Tomás se amoscaron un poco ante la perspectiva de nuevas apreturas. El joven se sentó como pudo, colocó sobre sus rodillas el gran bulto de ropa envuelto en un pañuelo negro, que constituía todo su equipaje, é instintivamente echó mano al bolsillo de la americana para convencerse de que estaban allí las cartas de recomendación que Don Bernardo y el alcalde le habían dado, y que habrían de ser como el salvoconducto para llegar sin tropiezos al refugio del Seminario.

Uno de los lidiadores—que por las brutales palabrotas con que matizaba su léxico, debía ser uno de los piqueros—no cesaba de mirar á Tomás. Realmente el mozo, que por ser aspirante á seminarista se había creído en la obligación de vestirse de negro hasta las uñas—no olvidemos que el sacerdocio es otra de las pro-

fesiones que imprimen carácter—, ofrecía un aspecto raro, con el rostro afeitado, unos tufos saliendo por debajo del sombrero, y la forma de éste, intermedia entre el cordobés y el paleto de aquellas tierras. El picador, algo ligero al enjuiciar, se formó al punto su composición de lugar, y antes de llegar á la próxima estación, abordó al mozo, á cuyo frente estaba:

—Amigo, y osté ¿de qué cuadrilla es?

Tomás, herido en su dignidad, estuvo á punto de responder como el hidalgo de marras: ¡*Más alto pico!* Pero reflexionó, se contuvo, y pensó que hubiera sido una impertinencia decir aquello á un picador de reses bravas, que precisamente tenía por obligación picar en lo más alto.

—No, señor. Usted se ha equivocado. No soy torero; soy estudiante de cura.

—¡Olé! No es mal oficio ese.

—Todos son buenos cuando en ellos se procura servir á Dios.

—Mucho; pero, ¿quiere osté haserme el pajolero favó de desirme en qué podemos servir á Dios, nosotros, por ejemplo?

—Ustedes. ¿Por qué no? Para servirle basta con llevar con paciencia las tribulaciones propias del estado y del oficio de cada cual.

—¿Tribulaciones?... ¿Y qué viene á ser eso, si me lo quiere osté desir?... Como no le llame osté con esa palabreja á los gorpes sin cuento que tié uno que llevar contra la barrera pa ganarse un puñao de reales...

—Si no fueras tan tumbón—intervino otro de los viajeros, que parecía hombre más circunspecto—, algunos de esos gorpes podrías ahorrate.

—Mira, Vitor, me vas á haser el riñonero favor de palparme er corgajo de las orejas, ¿sabes?

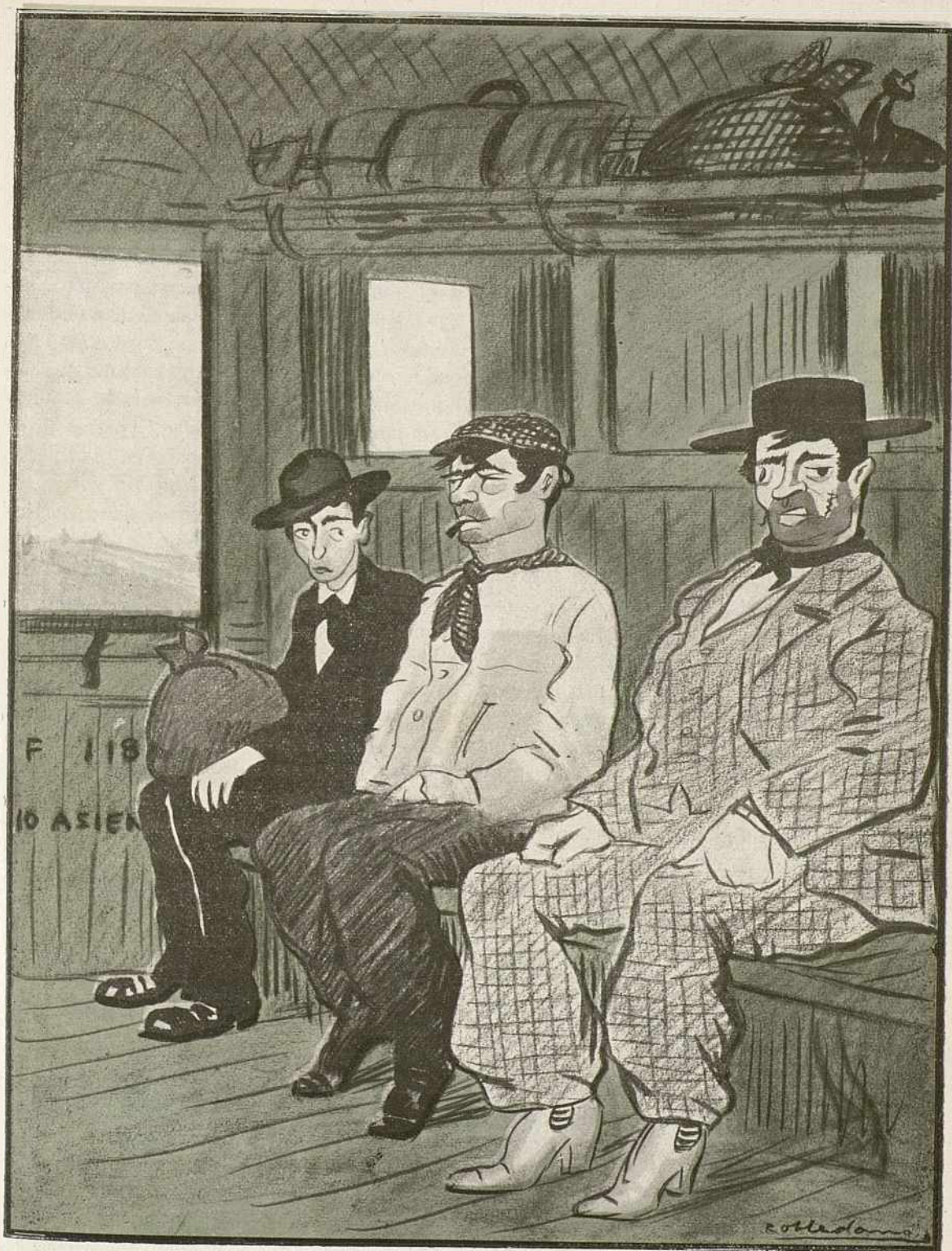
—Calla, mala lengua.

—Peor es la tuya que insurta sin saber lo que dise.

—Pero si es verdad; ¿vas á venir ahora á presumir delante del señor porque sea un extraño? ¡Rediés! Siempre quejándote del oficio; si te hubieras quedao descargando carbón en el muelle de Aguilas, te ahorrabas de tanta molestia.

—Oye, niño, y si tú hubieras seguido limpiando botas á los señoritos de Mursia, no estarías ahora aquí hablando como hablas.

Se echaban en cara su origen plebeyo, como



dos aristócratas improvisados. Tomás procuró apartarse de aquella disputa, que nada tenía que ver con las inquietudes de su alma; el tren atravesaba una sierra pelada y hosca, como casi todas las del país, y bajaba del cielo un bochorno regular, que á los viajeros les había hecho tomar sus precauciones para no morir de asfixia. Casi todos ellos se habían despojado de

las americanas, enseñando las mangas de unas camisas nada nítidas, con inmundas sobaqueras bañadas en sudor; uno, más avanzado en ideas y procedimientos, se había descalzado, haciendo triunfar sobre el asiento de enfrente la suciedad de unos calcetines perforados en la punta, y que eran una ofensa á la pituitaria de los demás; y había otro, por fin, que llegando en

sus avances hasta los linderos de la acracia, se había despojado de los calcetines, y hacía con los dedos de las manos frecuentes excusiones á los espacios interdigitales pedestres, en busca de algo que no debía ser el vellocino de oro.

Todo resto de civilización había huído de aquel falansterio de tablas, donde el hijo de la viuda se ahogaba por falta de ambiente moral en que expandir sus idealidades y por sobra de miasmas mefíticos de aquel hato de hombres sudorosos.

En el extremo opuesto del departamento, dos hombres, que por la traza y las ropas debían ser los dos jefes de la cuadrilla, leían á la vez, muy juntos, en un libro, parando de tiempo en tiempo la lectura para entablar, en voz no muy alta, una disputa breve y comedida. ¿Qué leerían? Tomás se fijaba en el libro, no pudiendo adivinarlo; descartó, desde luego, la idea de que fuese un devocionario ó un opúsculo de mística castellana; sería, más bien, una novela moderna de esas en que toda suciedad tiene su capítulo, y que se dan al público como modelos de psicología y de observación; ó acaso, acaso, ¡qué horror!, uno de esos libros francamente obscenos con que sueña todas las noches el señor Sanz y Escartín, y que se venden de tapadillo en las tiendas de gomas profilácticas. ¡Uno de esos monumentos de inmundicia que tanto gusta leer á ciertas horas del día y á los que debemos, de una manera inconcusa, toda la decadencia de la raza!

El futuro presbítero se afligió con toda el alma; al ver que dos de aquellos hombres mataban su tiempo con el elevado placer de la lectura, experimentó una satisfacción, pensando que en el vagón no todo había de ser hurgarse los pies; pero al imaginar que aquel libro podía ser uno de tantos medios de perversión que en el mundo hay, sintió una amargura infinita, y llorando para adentro, pensó que sería mejor para aquellos seres dedicarse al masaje de sus extremidades inferiores, no tan inmundas como ciertos libros.

En la estación de Alquerías tenían que abandonar el tren los toreros, en cambio para Alicante. Sin despedirse apenas, fueron saliendo uno á uno; sólo el picador de marras alargó una manaza que parecía un escorpión, mientras decía á Tomás:

—Güeno; pues ya sabe osté aonde me tiene.

Orosio Bernal, alias *El Berraco*, en Cartagena, calle del Aire, 87.

—Adiós, adiós—dijo con suavidad el joven.

Y deseando poner una nota afectuosa en la despedida, añadió:

—Que pique usted mucho.

Y le despidió como si fuera una pulga ó un mosquito avieso.

Quedó sólo en el vagón; iba el tren á reanudar la marcha, cuando Tomás observó que aquellos hombres, al partir, habían olvidado un bulto sobre uno de los asientos; se acercó y vió que lo olvidado era un libro, el mismo que minutos antes leían á la par los matadores. Vaciló un momento; por curiosidad, y para salir de dudas, miró el título estampado en la cubierta: *Mi modo de torear. Por qué me hice torero.*

Eran unas de aquellas confesiones taurinas tan en boga, que firmaba uno de los diestros más afamados. Tomasico suspiró; ejerciendo prematuramente su oficio, absolvió *in mente* á los dos lectores. Pero, de pronto, pensó que su deber era devolver á sus dueños aquel hallazgo; se asomó á la ventanilla con la intención de llamarlos á gritos; pero el tren había reanudado la marcha, y, dejando atrás la estación, se perdía entre las primeras frondas de la incomparable huerta murciana.

El mozo cogió el volumen con cierto respeto y dejóse caer en uno de los asientos; abrió el libro y pudo leer en una de sus primeras páginas:

Con licencia de la autoridad eclesiástica.

El Seminario conciliar era un viejo y destatado caserón, que se alzaba en medio de la plaza de la Catedral, con una impudicia escandalosa. Colocado entre el Instituto de segunda enseñanza y el palacio episcopal, parecía disputar á sus vecinos de derecha é izquierda el centro de la suciedad y de la mugre.

Los que dicen que los edificios tienen alma, debieran fijarse en aquel muro, que parecía enjalbegado de cieno, con unas ventanas que parecían respiraderos de madrigueras, y un portalón que pretendía ser suntuoso y se quedaba en puerta de cochera. Ni una nota agradable, ni la menor concesión á la estética había en aquella fachada, sólo comparable á la del teatro de la Gran Vía, en sosa y ofensiva. ¡Ah! Si es verdad que todos los edificios tienen alma,

el alma del Seminario conciliar que venimos describiendo era un alma en pena incapaz de sufragios salvadores.

Ante aquel monumento del desaliño se detuvo Tomás, cuando, apeado del tren, llegó, conducido por los informes de los transeuntes, al centro de la plaza. Vaciló un momento; ¿cuál de los tres edificios sería? Bajo el brazo izquierdo apretaba el bulto de la ropa, y con la mano derecha no dejaba de palpar por encima de la americana, el bolsillo interior de la misma. Sí; estaban allí las cartas; podía estar tranquilo.

Pasó una vieja, que le dirigió una mirada de curiosidad. Tomás aprovechó la ocasión para salir del paso.

—Señora, ¿me hace usted el favor?...

—¿Qué quiere usted, hijo mío?

—¿El Seminario conciliar?

—Aquel de allí enfrente; sí, señor.

—Muchas gracias.

—¿Va usted allí?

—Sí, señora.

—Vaya... Yo tengo ahí un sobrino; va ya en tercero de Teología, y no es porque yo sea su tía, pero ¡si viera usted lo bien que ayuda á misa!

—¿Sí?...

—Ya lo creo; el año pasado, por el día de la Purísima...

Tomás vió en perspectiva un raconto que maldito si le interesaba en aquella ocasión; estaba impaciente por entrar en el edificio. ¿Qué habría tras aquella pared? ¿Cómo sería recibido? ¿Era aquel, en efecto, el sitio á donde Dios le había encaminado y donde iba á enterrar todo su pasado de calavera pueblerino?

Para obtener contestación á tales preguntas era preciso separarse de la vieja, que continuaba un masculleo de incongruencias; con alguna timidez, le dijo:

—Señora, yo la estoy oyendo con mucho gusto, pero ya comprenderá que tengo alguna prisa y no puedo...

Huyó, dejándola con la palabra en la boca; cruzó la plaza y entró decidido bajo el pórtico vetusto. La portería estaba entreabierta, y en ella un fámulo, sin afeitarse desde hacía tres semanas, bostezaba su aburrimiento enseñando unos dientes amarillos como fichas de dominó. Al ver un rostro desconocido se incorporó ceñudo:

—¿Qué deseaba?

—Muy buenas.

—Buenas... ¿Qué es lo que quería?

—Pues...

Tomás se turbó un poco, dejó en el suelo el bulto de ropa y se puso á rebuscar febril en el bolsillo de las cartas. Sacó tres, y de ellas eligió una que entregó triunfante al cancerbero.

El sobre decía: *Sr. D. Francisco Mancebo.—Rector del Seminario conciliar de...*

—Sí, ésta es para el señor Retor, pero ahora está durmiendo la siesta.

—Y ¿no podría usted despertarlo?

—¡Anda! ¡Pues bueno se pondría!... Sí, sí: para qué quería yo más.

—El caso es que yo...

—Ca, hombre; no hay caso que valga. Si no quiere usted volver luego, no tiene más que pasar aquí á la izquierda y aguardar á que despierte el durmiente.

Le introdujo en lo que llamaban pomposamente salón de visitas: una estancia empapelada de amarillo, de la que eran principal adorno un sofá y una sillería de paja, un velador lleno de libracos latinos y un enorme retrato de un obispo obeso y colorado, que presidía la habitación. No era aquello ciertamente San Sulpicio, con su leyenda de elegancias piadosas; más bien parecía una posada de segundo orden, donde se fabricaban curas, como hubieran podido fabricarse embutidos ó concejales de la Conjunción.

Tomás, sentado en el sofá, iba también á descabezar un sueñecito, cuando sonó un timbrazo que le trajo á la realidad. El fámulo de la portería salió corriendo, y minutos después volvía frotándose las manos. Desde la puerta gritó á Tomás:

—Ya puede usted subir. El señor Retor le espera.

El joven sintió un vaivén en su espíritu, se levantó y echó á andar tras de su guía por unos claustros oscuros y tristes. Subieron una amplia escalera, cruzaron varios pasillos, y por fin no tardaron en detenerse ante una puerta que fué golpeada por el fámulo:

—Adelante—rugió un vozarrón acostumbrado á las exclamaciones estentóreas del coro.

Tomás pasó, y quedó inmóvil en el marco de la puerta. Un ilustre padre de almas, muy alto, grandioso, con los ojos semicerrados por el

sueño y con un aspecto completo de cargador de baúles, le hablaba á gritos:

—¿Usted es Tomás Secajo? ¿El que me recomienda Don Bernardo?

—El mismo para servir á Dios y á usted.

—Bueno, hombre, bueno... Y ¿qué? ¿Le tira á usted el oficio, efectivamente?

—Yo... tirarme precisamente... Verá usted: yo vengo aquí impulsado por una voz divina.

—Vamos, hombre: la de todos. Veremos cuando haya pasado un año.

—Yo le juro á usted...

—¿Cuántas novias se ha dejado en el pueblo?

—¡Jesús! Mi pasado no me pertenece; yo lo que deseo es olvidar.

—Sí: repito que la de todos. No está mal, pero á mí me deja usted frío. ¿No ve que ya soy perro viejo?

Aquel hombre hablaba sin asomo alguno de unción espiritual, sin la más leve sombra de idealidad, que ocultase el fondo plebeyo de sus pensamientos. Tomás estaba consternado, y su confusión llegó al colmo cuando oyó que el Rector le decía:

—Bueno, lo importante es que observe usted buena conducta. Con eso, y con que no se queje demasiado de las comidas de vigilia, seremos buenos amigos. La vigilia y los verbos de la tercera conjugación son las dos armas que esgrimen contra nosotros los alumnos revoltosos.

Espero que usted no formará entre ellos.

Tomás se sintió humillado, y reunió todas sus energías para decir:

—Puede usted estar seguro de ello, señor Rector. Yo he venido aquí buscando sólo alimento espiritual.

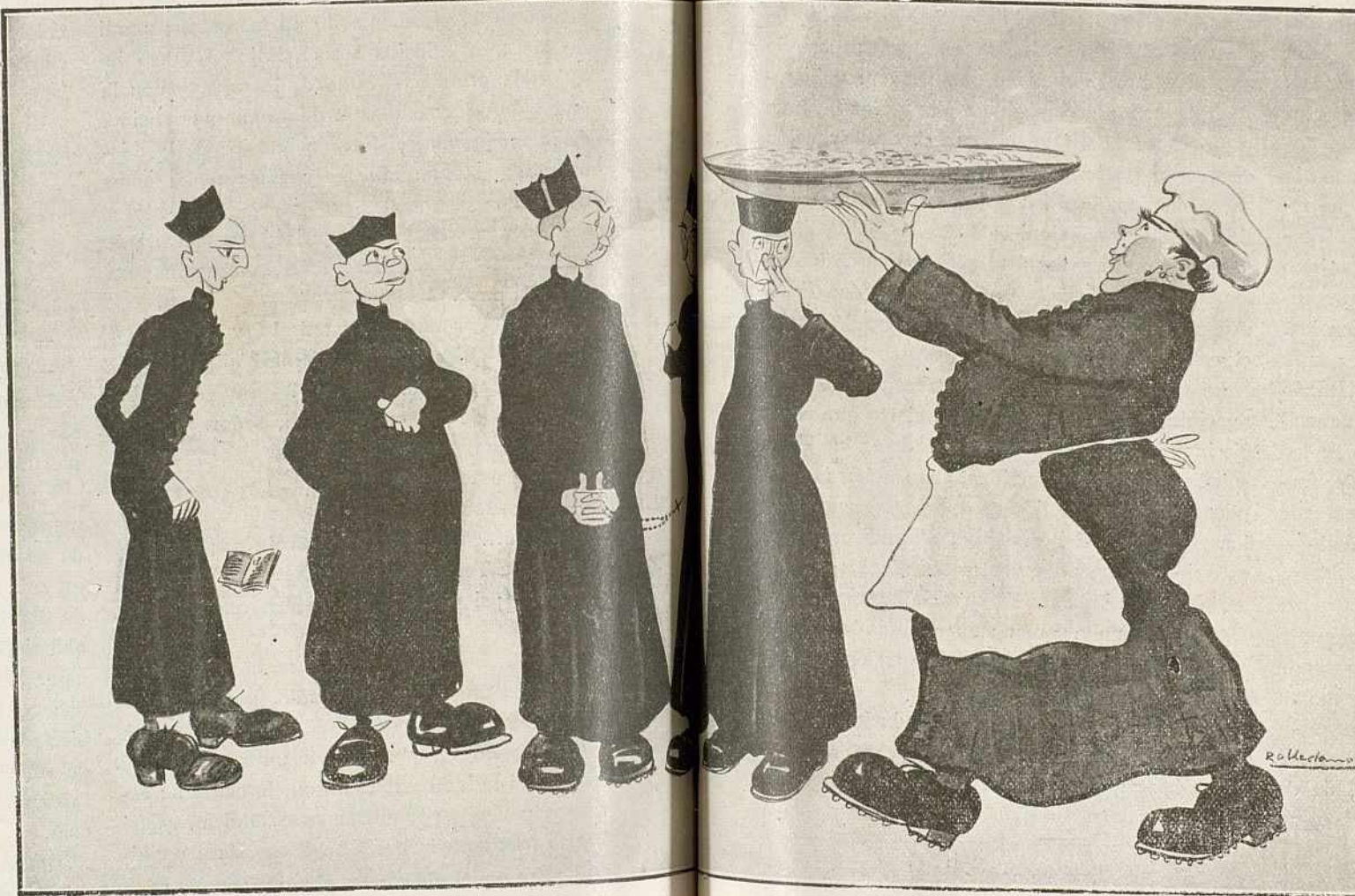
—Tanto mejor: ese se le servirá á usted sin tasa... ¡Ya comprenderá que no podemos hacerlo mismo con las judías! Porque—entre nosotros—viene aquí cada hijo de madre con hambre de seis años, que ¡ya, ya!

Hubo una pausa que el señor Rector aprovechó para acariciarse los riñones por encima de la sotana. De pronto se fijó en el bulto de ropa que Tomás conservaba debajo del brazo; sus ojos brillaron con júbilo, y exclamó:

—¿Qué es eso? ¿Me trae usted ahí algún obsequio de Don Bernardo? Una caja de roscones tal vez...

—No, no, señor; es mi equipaje.

—¡Ah, vamos! Por esta vez su recomendan-



te no se ha acordado de mí más que á medias. Otra vez será. ¿No es cierto?

—Sí; sin duda que otra vez será.

El Rector hizo sonar un timbre, y cuando á la llamada acudió uno de los inspectores de la casa, le ordenó que acompañase al nuevo alumno á la ropería.

Tomás salió de la habitación del Rector muy mal impresionado. ¿Pero dónde estaba el espíritu de aquella casa? ¡Dios mío! ¿Para esto le habías llamado con tu divina voz, en una noche memorable? En el ambiente del caserón faltaba algo: la unción celeste, el espíritu vivificante.

El joven le buscó en vano por todos los rincones de aquella fábrica de presbíteros.

Tomás había entrado en el Seminario con buena pata; comprendemos que esta expresión vulgar no es la más apropiada para señalar la extremidad inferior de un futuro presbítero; pero también sería ridículo decir, por un

ta en la celda del Rector, se respiraba á todas horas un pertinente olor á judías estofadas, que era la pesadilla de aquella comunidad de santos varones. El olor procedía de la cocina, cosa muy natural, ya que lo desconcertante hubiera sido que emanase de la biblioteca ó de la clase de música; pero estaba en todas partes, como el espíritu del vetusto edificio, como la ejecutoria de una rancia nobleza eclesiástica.

Por fin encontraba aquello que con tanta ansia había buscado desde que penetró en la casa: aquello que tan de menos había echado en el despacho del señor Rector, y cuya captura había emprendido al salir de él sin éxito y sin orientación. Sí; el Seminario tenía espíritu, ¿cómo no? ¿Cómo podía dejar de tenerlo? Sólo que los caminos por donde Dios conduce sus designios son siempre inescrutables, y es vano querer penetrar las vías por donde el espíritu de lo alto penetra en nuestra alma. De las cosas más humildes, de las más pequeñas, de las que á primera vista parecen más despreciables, se sirve á veces el Altísimo para exteriorizar su presencia en ondas impalpables.

Así, en esta casa de santidad y de misterio, en este recinto donde centenares de espíritus jóvenes iban poco á poco moldeándose para ejercer después en el mundo—¡en este pérfido y engañoso mundo!—el más sagrado de los ministerios, el hábito espiritual del edificio, el aroma impalpable de la fábrica, era ese característico y especial olor que despiden las judías cuando, puestas al fuego purificador, llega para ellas el momento de la cocción. Olor material, olor mundano, olor grosero si se quiere, pero de una potencialidad evocadora capaz de sugerir en nosotros las ideas más atrevidas y los pensamientos más heroicos.

Sólo que—digámoslo de una vez, aunque al decirlo se nos lacere el alma—se abusaba un poco del tal olor. Era algo perenne, obsesivo, continuo, con una continuidad de pesadilla, que atortolaba, que mareaba.

No es que sea desagradable *de suyo* el aroma de las judías estofadas: á eso del mediodía,

y aspirado en la puerta de un ventorro, es cosa que levanta el espíritu y abre á la inteligencia perspectivas infinitas; pero condenada la pituitaria á percibirlo de continuo, á todas horas del día y de la noche, y en todo lugar y ocasión, llega á constituir una obsesión, un tormento, que acaso pueda explicar—con su pertinacia de sensación materialista y grosera—la falta de sincero misticismo que hoy se observa en los curas que nuestros seminarios arrojan al mundo.

El hijo de la viuda, por más que esforzaba la imaginación, no acertaba á comprender qué relación pudiera haber entre las judías y la Teología dogmática, ni el porqué de aquel continuo derroche de las primeras que, como algo secular, se viene haciendo en nuestros seminarios. El menú de las comidas era inalterable: por la mañana, un desayuno compuesto de un tazón de café con leche—*soi disant*—y medio panecillo por toda ayuda; á las doce, después de las clases y el recreo, venía la comida grande, formada por tres platos fuertes, tan fuertes, que no había modo de romperlos ni aun tirándolos de golpe contra el suelo: una sopa, de fideos, generalmente; unas patatas con piltrafas carnosas, y unas judías estofadas á todo vapor y con todas sus consecuencias; y por la noche—la merienda de media tarde se reducía á una sardina con un cozcurreo de pan—, se repetían las judías del mediodía, como primer plato, y terminaba el festín con una gran ensalada de cebolla y tomate, que era un himno á la divinidad.

Esto, todos los días del año, como cosa vulgar y corriente; que cuando llegaba el santo del Rector ó la fiesta de San Fulgencio, patrono de la casa, ó cualquier otro extraordinario imprevisto, se hacía un alarde en la comida, consistente en autorizar á todos para duplicar la ración judaica, sin miedo á nada ni á nadie; si algún día de campo disfrutaban los escolares, ya se sabía que en el convoy de víveres para la jornada ocupaban lugar preferente las volubles hijas de Judea; y si en los días en que durante las comidas se permitía hablar estallaba alguna disputa teológica entre los alumnos más aventajados, y, como consecuencia de ella, volaba un plato á la cabeza de uno de ellos, ya se sabía que era un plato de judías el arma homicida y sacrilega.

Tomás comprendía muy bien las privacio-

nes de los anacoretas de la Tebaida; se explicaba perfectamente que los ermitaños de Lidia—desierto de, no vayamos á confundirnos—pasasen ochenta días á pan y agua, resolviendo de golpe y porrazo el problema de los comestibles y de las cooperativas de consumo; y alcanzaba á ver la razón de que comieran hierba algunos monjes exaltados en su fe; pero lo que ni comprendía ni se explicaba ni veía razonable era aquel régimen de judías á todo trapo, que constituye la base de la educación de nuestros eclesiásticos. Los reyes que expulsaron de España á los judíos verían ahora recificada su obra, siquiera tan sólo en la parte femenina de la raza; ésta seguía triunfando en los seminarios como un cartel de desafío á una política regalista que aborrecía y detestaba el estofado.

La vida de Tomás se deslizaba por un plano apacible dentro del Seminario; cierto que padecía inquietudes morales, sobre todo en las horas subsiguientes á las comidas, en esas horas complicadas de la digestión en que parece que todos los problemas del espíritu se agudizan; pero esto no eran más que vastos montículos alzados en la llanura inmensa de su vida interior.

Se conformaba con su suerte: llamado por una voz divina al cumplimiento de sagrados deberes, había empezado á recorrer la senda que con el tiempo—y el estudio—le conduciría al sagrado ministerio, y le parecía que, con sólo haber empezado á recorrerla, había hecho bastante para la paz de su alma. En rigor estaba un poco desorientado al ver que toda su preparación para el estado eclesiástico se reducía, hasta la fecha, á declinar el *musa musa* y tararear más ó menos gallardamente los verbos de la primera conjugación. ¿Qué tenía que ver todo aquello con las sublimes verdades de la Teología, ni con las excelsas sonaciones de la Mística? Y el pobre mancebo experimentaba una pequeña decepción, no llegando á ver, en su rudeza nativa, la relación de causa á efecto que había en todo ello.

Sufría el mismo desencanto de todo el que empieza una carrera y al dar los primeros pasos se cree engañado ante la prosa de la iniciación. Tomás, allá en su pueblo, los días que precedieron á la partida, habíase forjado ciertas extrañas ilusiones que son la salsa de toda vocación: se veía ministro del Señor, párroco quizá de algún pueblo de Extremadura, recibiendo de las

feligresas donativos espléndidos de embutidos del país y compartiendo con el notario y el boticario el cetro de la hegemonía intelectual. Pero para llegar á esto había que pasar por todas las impertinencias del profesor de latín, viejo cura de la casta de los alcornoques, que recitaba de memoria—pero sin ningún entendimiento—tro-



zos magnos de la epístola á los Pisones y de las Catilinarias.

A veces, durante las horas de estudio, en la vasta sala donde los alumnos preparaban su inteligencia, Tomás alzaba la vista, divagando con la mirada por todo el local. Veía cien cráneos pelados uniformemente, y pensaba si debajo de todos ellos ardería la llama de una vocación idéntica á la que á él le impulsaba; por los ventanales abiertos entraba la humedad del río que bañaba la espalda del edificio, y en la atmósfera venían los cien olores de la huerta, que en el otoño sacudía las largas modorras del

verano. En las horas del crepúsculo se bañaba la sala de una melancolía tenue, se oía el canturreo de algún zagal de vuelta del trabajo y el piar de ciertas avejillas que hacían sus nidos en la techumbre de la vecina catedral. Tomás se abstraía, se sublimaba esperando la hora de la cena, y apartándose del estudio por unas semanas, elevaba al cielo la plegaria de su fe, una fe ardorosa y suave á un tiempo, á prueba de judías y de latines vulgares.

Por unos momentos se sumía en el éxtasis. Sentía abrirse las esferas celestes, y veía allá en lo alto unas luces rutilantes nimbadas de un claror divino; eran otras tantas almas libradas del torbellino del mundo por los oficios de los sacerdotes, salvadas por los esfuerzos de los mi-

nistros del Señor, que allá en el cielo velaban por sus salvadores junto á la portería de San Pedro. ¡Oh, qué bien, huir del torbellino de las pasiones, alejarse del mundanal ruido, como aconsejaba Fray Luis—á quien Tomasico no había leído nunca—, salvarse en Cristo y para Cristo, en una eternidad de bienandanzas!

Examinaba su vida pasada, mezcla vergonzosa de vino y placeres, de baraja y pasiones hediondas, de galanteos lícitos é ilícitos..., más bien todos ilícitos, pues aun los mismos que parecían no serlo por tratarse de mozas solteras, acababan con idéntica felonía, abandonando á la víctima cuando mayores eran

sus ilusiones y cuando había empezado á usar blusas sueltas para disimular las turbaciones de su vientre. Acudían á su memoria una porción de nombres para lapidarle con el recuerdo: Micaela, Emerenciana, Josefina *la del aguacil*, Paca, Matea, Bibiana, Rufina, cien más, en lista interminable, que era su tormento y su angustia. Pedía al cielo con fevor renovado que apartase aquellas visiones de su imaginación, que borrara de ella las figuras bochornosas que le recordaban el pasado— ¡un pasado de escarabajo de todas las liviandades!—, que purificase su alma con la llama divina de...

Pero no pudo seguir sus deliquios: un estornudo formidable acababa de retumbar en las cuatro paredes de la sala, como un anuncio del Apocalipsis. Era que uno de los alumnos de tercer año se había constipado, y, como se trataba de uno de los más aplicados y preferido de los superiores á causa de su conducta ejemplar, el sacerdote que vigilaba el estudio mandó cerrar los ventanales, con lo cual dicho se está que se acabaron los effluvios de la huerta, los canturreos de los pájaros que hacían su nido en el techo de la catedral, la canturria del zagal que volvía del trabajo, y por ende la melancolía suave que envolvía la sala en aquel atardecer otoñal.

Y dicho se está que se acabaron también los éxtasis y delirios del joven Tomás, pues es mucha la influencia que el ambiente ejerce en estas exaltaciones de las almas. El mancebo tornó al estudio, é inició un machaqueo, con el cual esperaba acoplar en su cerebro las elegancias del *quis vel quid, que, quod...*

En la casa, salvo los jueves, domingos y demás festivos, había la costumbre de que todos los días, en las dos comidas principales, uno de los alumnos leyese en voz alta á sus compañeros mientras éstos devoraban; sin duda con el propósito de disminuir un poco la natural grosería de los placeres de la carne, haciendo que mientras las mandíbulas trabajaban, el espíritu se interesase por algo, aunque este algo fuese una novela por entregas.

Tomás, que gracias á su excelente voz había sido apuntado desde los primeros días como uno de los lectores futuros, había de realizar hoy el debut de sus funciones; cada lector elegía por sí y ante sí una obra, procurando que en ella se mezclase el puro pasatiempo y la amena distracción con algo de sustancia para los cerebros, y cuando en varias sesiones había terminado la lectura completa del libro, cedía su puesto á un compañero que, con el suyo, volvía á empezar la tarea.

Entre los seminaristas antiguos los había, ya conocidos por el público, con su buena ó mala fama correspondiente; unos tenían la de amenos y divertidos, pues siempre elegían para sus lecturas libros interesantes que, con sus lances y episodios, hacían olvidar un poco la monotonía de los platos; otros, por el contrario, eran el terror del auditorio, pues para dar mayor can-

tividad de ceba á maestros y superiores y demostrar de paso la firmeza de su intelecto, se arrancaban por unos tomos de Teología moral ó de Apologética, verdaderas tabarras encuadradas, que daban lugar á que los más débiles de cerebro llegasen dormidos á los postres, entre cabezadas violentas.

Cuando el lector era un poco novato, aumentaba la expectación. ¿Cuáles serían las preferencias literarias del neófito? ¿Sería del grupo de los lateros, ó habría que catalogarlo entre el de los amenos que alegraban la vida? Se trataba de algo más que de una simple curiosidad, pues era cuestión de defender la placidez de los condumios futuros, que en aquellos momentos estaba en manos del debutante. Cuando éste aparecía en el púlpito, se hacía en el auditorio un silencio absoluto; y cuando el nuevo lector pronunciaba las palabras del título, se desparramaba un inmenso murmullo que, fuese favorable ó adverso, costaba mucho trabajo reprimir á los inspectores.

Los alumnos más revoltosos intentaban casi siempre ejercer coacción sobre el lector que estaba en puerta:

—Sí, hombre; no nos fastidies.

—A ver lo que eliges.

Y venía la recomendación expresa de las obras:

—Mira, *Los siete niños de Eciya*; aunque nos los leyeron el año pasado, es cosa que volveríamos á oír con gusto.

—Pues anda, que *La historia de los mártires del Japón* también tiene miga.

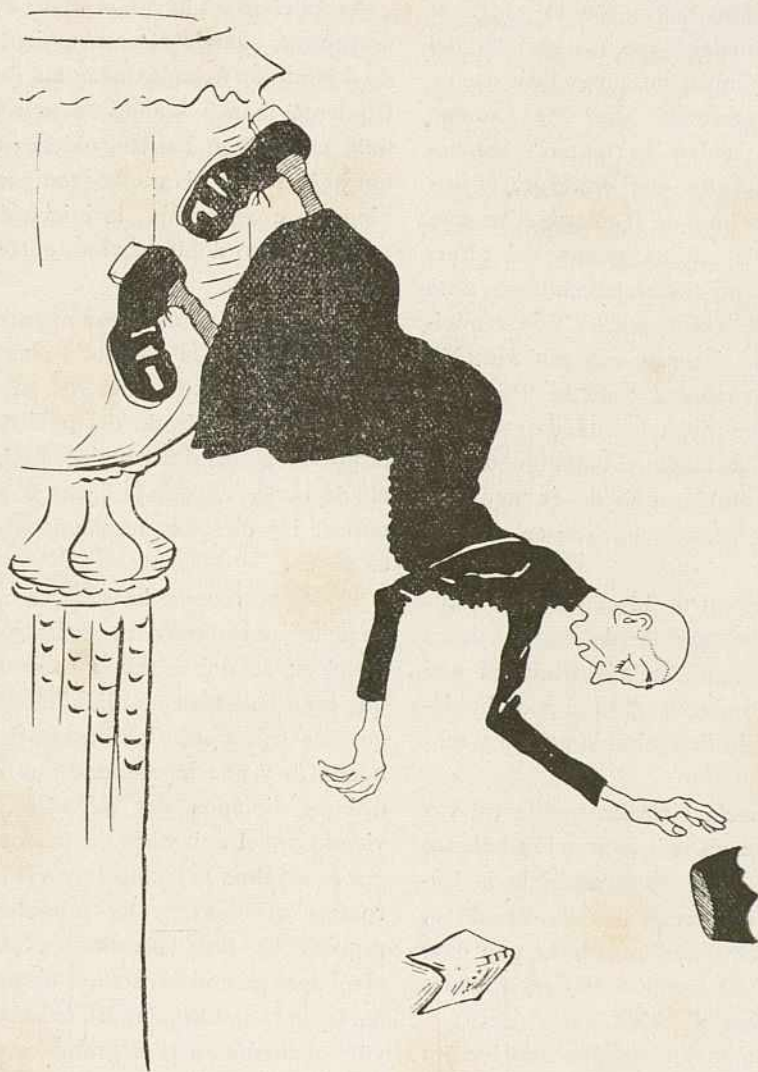
—¿Tú quieres encontrar una cosa bonita? Pide *El arte de no pagar al casero*.

Pero había en esto cierto orgullo y cierto alarde de independencia que llevaba á la mayoría de los lectores á no aceptar el consejo ajeno, por atinado que pareciese. Ello equivaldría á renunciar al máspreciado derecho, aquella facultad de libre elección que los estatutos del Seminario consignaban, y que era como el fuero de los alumnos, sagrado é inalienable.

Tomás, esperando en la escalera interior que por dentro del muro conducía al púlpito, se moría de azoramiento y de temor. ¿Qué tal acogería el público su elección?... Y daba vueltas en las manos á un libro en octavo, de título asaz expresivo, cuyos primeros capítulos había releído la noche antes, á modo de preparación.

Llegó el momento temido: el Seminario, ya en su sitio, había empezado á desliar las servilletas; los inspectores, en sus puestos, echaban ojeadas á la puerta del púlpito, como esperando la salida; Tomás empujóla suavemente y apareció ante la multitud.

un poco espantados ante el aspecto que los comensales ofrecían. Una expresión de goce se paseaba por todas las caras, y circulaban de mesa en mesa las más halagüeñas expresiones para el lector, dichas algunas en latín vulgar para mayor carácter. El comentario iba cre-



Se produjo el consabido silencio: una expectación inmensa en la que no se oía el más leve cuchicheo y en medio de la cual resonó la voz golada pero recia del hijo de la viuda, que decía con audacia:

—«Mi modo de torear. Por qué me hice torero.»

Era el título de la obra con cuya lectura pensaba regalar al auditorio: ¡aquel libro que una mano providencial dejó olvidado en el tren cuando Tomás venía al Seminario!

Estalló en el recinto un murmullo intenso; los fámulos, que habían empezado á circular con las soperas, á modo de trofeos, quedaban

ciendo, á pesar de las caras feroches de los inspectores, y ya se mezclaban algunos *olés* á las frases de jocunda complacencia. De pronto—no se sabe dónde ni por quién—se inició un aplauso cauteloso, que fué corriendo poco á poco por la sala hasta convertirse en una ovación formidable... Los inspectores tuvieron que intervenir: aquello era ya demasiado; se trataba de algo insólito é imprevisto, en abierta oposición con los cánones; colocáronse en el centro de las mesas, y, agitando los brazos, pretendían imponer silencio á grandes voces, que no servían más que para aumentar el general barullo.

Al fin se restableció la calma por sí sola; poco á poco fueron cesando los murmullos, y Tomás comenzó su lectura, acompañado del ruido de las cucharas cayendo sobre los platos. No leía mal el hijo de la viuda; acostumbrado á la lectura pública del periódico en el casino del pueblo, conservaba cierto tonillo—agravado en los puntos finales—que no sentaba del todo mal para un público de curas futuros.

Tras un breve prefacio, algo más ameno que el de la misa, entró en materia francamente; se le escuchaba con emoción, y los alumnos del último año de Teología, los que habían subido ya la última grada del altar, oían complacidos, no escandalizándose ante aquella lectura, sana como pocas, sino regocijándose en su fuero interno con esa afección especial del cura español á todo lo flamenco, que en vano quieren negarle sus detractores.

Era la herencia jocunda y bullanguera del Arcipreste, que, si hubiera vivido en nuestros días, habría seguramente terminado en picador de reses bravas.

La contextura moral de la comunidad estudiantil no era la misma desde hacía cuatro días; á punto fijo nadie sabría decir en qué consistía el cambio; pero nadie tampoco hubiera osado negar que lo había habido claro y manifiesto.

Por una coincidencia singular—sería tal vez una simple coincidencia—, la variación habíase producido á medida que iba avanzando la lectura de *Mi modo de torear*. Ya iba mediada, por lo menos, y era difícil prever lo que ocurriría en las almas de aquellos tiernos varones al llegar á la página postrera.

El volumen había tenido un éxito de lectura que para sí quisieran las más geniales producciones teatrales de nuestros autores noveles; en el Seminario no se recordaba un caso parecido. Los alumnos que más se distinguían por sus aficiones místicas—entre los cuales estaba Tomás—sufrían deliquios y atormentadoras turbaciones en las horas de meditación espiritual... Dudas, incertidumbres, dispepsias, pesadillas, algo vago, la ligera é impalpable sospecha—que á sí mismos no se atrevían á confesar—de haber errado la vocación, que es—después de los errores del padrón municipal—el más funesto error que puede cometerse en la vida.

A veces, en la capilla, sobre todo los domin-

gos, en que sonaba el órgano durante la misa, las almas de los más devotos sufrían extravíos inexplicables; mecida la parte espiritual del organismo por el acorde que escapaba de los tubos del órgano, iba ganando el cielo poco á poco en un abandono de sí misma que la entregaba indefensa á la voluntad del organista. Pero de pronto, cuando el arrobamiento había llegado á punto de éxtasis, las notas del sagrado instrumento iban avivando su marcha, se acortaban, cambiaban las languideces anteriores por un juguetón y vivaracho compás que era, sin ninguna exageración, la iniciación clara de un perfecto paso doble taurino, entreverado de garrótín.

...Y como el alma estaba abandonada á la música, la música la conducía ahora al corral de caballos de uno de nuestros modernos circos, con el anillo asoleado del público viéndose por la abertura que daba al redondel, donde aparecía de vez en cuando la figura cuajada de oro de uno de los diestros, terciándose el capote para el paseo.

En los recreos no bastaba ya el sencillo juego de pelota para llenar las aspiraciones de los más frívolos; se organizaban marros tendenciosos que eran más bien una lidia de seminaristas, en que los más aplicados hacían de toro con una buena fe y una ingenuidad que recordaban los últimos tiempos del paganismo. Realmente, viendo aquel enjambre de mozos, que para jugar se alzaban la sotana hasta la cintura, con los rostros afeitados y los modales jacarandosos propios de todo presbítero, pudiera alguien creer que se encontraba en un patio de una escuela de tauromaquia. En la cabeza de los mayores brillaba ya la sagrada calvicie de la tonsura: con haber cubierto el círculo de un poco de pelo y dejar que éste creciese á su antojo, tendríamos la ilusión perfecta, y los que eran discípulos de Santo Tomás y San Agustín, se hubieran convertido en discípulos de «Frascullo» y Rafael Guerra.

Lo más singular era que el más exaltado de todos ellos, el que parecía capitanear aquel movimiento semi-inconsciente, era Tomás el hijo de la viuda; nadie le ganaba en entusiasmo, y todo el misticismo de su conversión parecía deramarse ahora en torno de él, adoptando la nueva forma. Era aquella una clara y manifiesta rectificación de camino, una vocación que se manifestaba con el mismo ardor de antes, con más



los pro
iniciaci
lacione
fenóme
le dete
oficio,
sistible.
Aque
teólogo
entusias
de un p
ritu mu
bros de
amena.
La v
gar al p
sacudin
mensale
el auton
Tribuna

quizá, como si al variar de rumbo hubiese aumentado la impetuosidad de la corriente.

Y como él había sido el que había despertado lo que dormía en el seno de aquellos espíritus jóvenes; como él, desde el púlpito del comedor, había hecho nacer con su lectura todo aquel deseo ferviente de un cambio—de rodillas—, los demás le seguían como al apóstol, como al sembrador, depositando en él toda su confianza. Pocas veces se habría obtenido desde un púlpito—aunque fuese el humilde púlpito de un refectorio—una conversión colectiva tan esplendente y una recolección de almas tan fructífera a los ojos de Dios.

En la segunda parte de la obra refería su autor



los prolegómenos de su carrera: las primeras iniciaciones de su vocación, las dudas, las vacilaciones que siguieron á aquéllas, y por fin el fenómeno, el prodigio—así lo llamaba él—que le determinó de modo irresistible á abrazar el oficio, como quien obedece á un mandato irresistible.

Aquellas confidencias eran escuchadas por los teólogos con singular complacencia, con febril entusiasmo más bien. Al fin y al cabo se trataba de un problema moral, de la lucha de un espíritu muy parecida á las que salpicaban los libros de los Santos Padres, aunque algo más amena.

La voz del lector se hizo temblorosa al llegar al pasaje en que se refería el prodigio; un sacudimiento espeluznante corrió por los comensales al oír la increíble historia... Contaba el autor del libro que él era procurador de los Tribunales en Sevilla, cuando, cansado de li-

diar con los litigantes, harto reacios para el pago, pensó que acaso sería mejor emplear sus fuerzas en otra lidia de más provecho; llevaba ya varios días dándole vueltas á la idea, cuando una noche... pero dejemos la pluma al autor: «...una noche me acosté como siempre y tardé poco en quedarme dormido; llevaría ya una media hora de sueño cuando de pronto me desperté, sobresaltado por un ruido extraordinario, y me incorporo en la cama; la habitación estaba á oscuras, y por el techo se sentía un ruido extraño, algo así como si arrastrasen unos muebles, ó como si las sillas bailasen una polca infernal. Me asusté, quise arrojar-me de la cama y no pude; parecía como si me hubiesen amarrado al lecho. De pronto cesó el ruido, y oí una voz débil y misteriosa que me decía lentamente: «Antonio, piensa en tu alma.» Repitió las palabras tres ó cuatro veces, y al final, como despedida, añadió: «...y vete á una plaza de toros». Consternado por lo que oía...»

Desde la mitad del párrafo, Tomás sintió que la cabeza se le marchaba. ¿Qué era aquello? ¿Qué diabólica coincidencia había allí? Era su caso, idéntico, con las mismas palabras; tuvo que hacer un gran esfuerzo para que la voz no se marchase de su garganta, y con las manos temblorosas continuó la lectura.

Pero le faltaban las fuerzas; abrumado por lo que iba leyendo, se inundó su cuerpo de un sudor frío; comenzó á perder la vista, y consternado él como el autor del libro, dejó caer éste sobre el barandal del púlpito. El cuerpo se inclinó hacia fuera, y como aquél no era muy alto, dió la vuelta de campana y cayó abajo, perdido ya el conocimiento.

El cuerpo del joven seminarista se hubiera sumergido totalmente en una fuente de judías que triunfaba en la mesa de abajo, si uno de los comensales no hubiese tenido el valor de desviarlo con la cuchara.

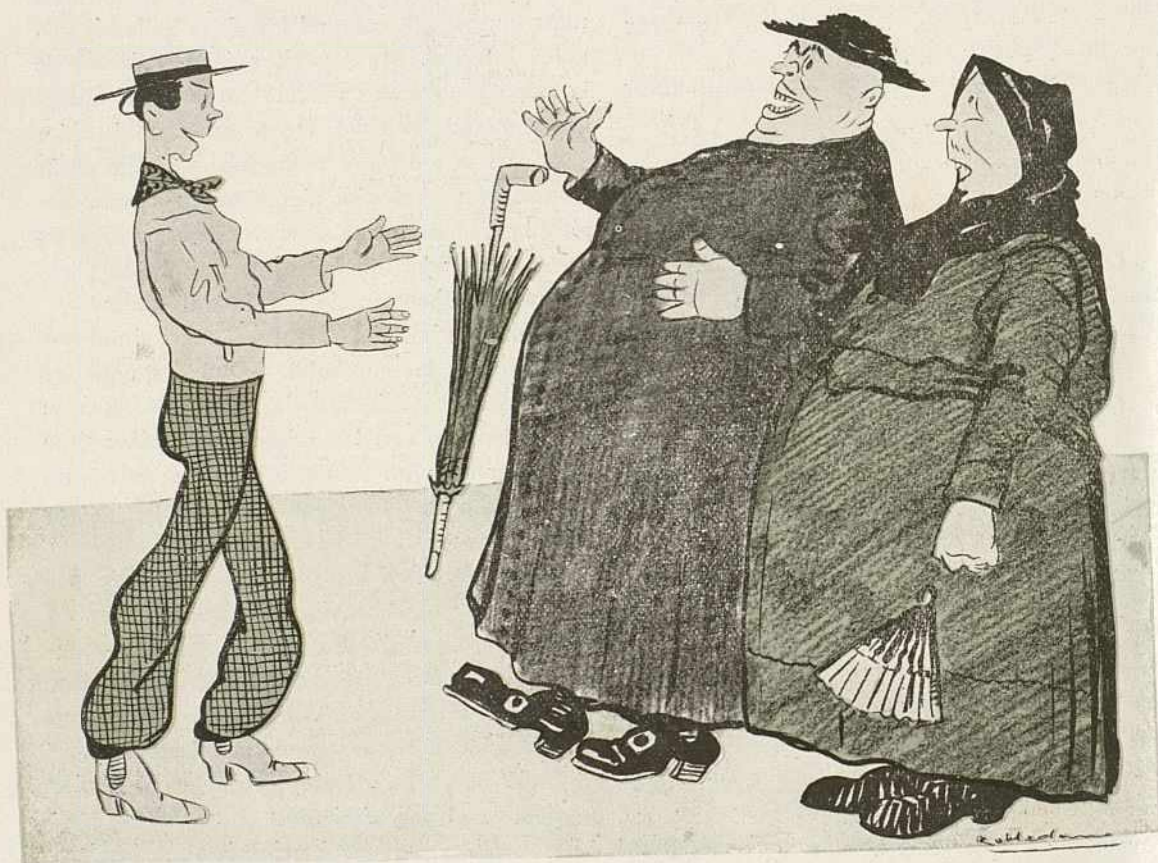
Y allí quedó como una piltrafa en medio del pavimento, derrotado, en la más trágica de las posturas.

El pueblo ardía en fiestas. Era el 24 de Julio, víspera de Santiago, el glorioso patrón de las Españas, que lo era también del pueblo con gran complacencia de todos los vecinos. Se habían organizado unos festejos grandiosos: durante los tres días que duraba la fiesta, el pueblo se entregaba al placer con una vehemencia que recordaba los buenos tiempos de la decadencia romana; se armaban orgías á la vuelta

de cada esquina. Bien es verdad que el programa oficial confeccionado por el Ayuntamiento autorizaba y fomentaba toda clase de excesos. Véase la muestra: el día 24, por la mañana, una diana estruendosa despertaría á los vecinos que estuviesen dormidos, con el estrépito de las tres guitarras que había en el pueblo y un flautín, tañido á maravilla por uno de los sobrinos del párroco; á las cinco de la tarde, gran chismoreo de todas las comadres del pueblo, que, sentadas á la puerta de su casa respectiva, se

dra Tomás Secajo, Tomasico, como le llamaban todos en el pueblo, el hijo de la viuda, que aunque no había hecho más que aprobar el primero de latín, y por tanto tenía de cura lo que Chicote de trágica, había obtenido permiso especial del señor obispo de la diócesis para dirigir la palabra á los fieles en ese día, más bien por vía de aprendizaje.

Por la tarde, á las cuatro, se celebraría una gran corrida de becerros—y este era otro de los números salientes del programa—, cuya



entretendrían en sacar tiras de pellejo á las vecinas más honradas y á los vecinos más ilustres; por la noche, á las nueve, el Ayuntamiento celebraría su sesión ordinaria de todas las semanas, pero, en atención á las circunstancias y para contribuir á la amenidad de las fiestas, procurarían los señores concejales insultarse más que de costumbre y procuraría también el señor alcalde matizar su discurso de mayores faltas gramaticales.

El día 25, además de la grandiosa diana, repetición de la del día anterior, se celebraría en la iglesia una solemne misa mayor, durante la cual—y este era el principal atractivo de las fiestas de aquel año—ocuparía la sagrada cáte-

muerte correría á cargo de dos cuadrillas de jóvenes lidiadores que desde hacía un par de meses venían metiendo mucho ruido por toda la provincia, y que se hacían llamar en los carteles *Los Niños del Seminario*.

El pueblo todo acudía á la estación á esperar el tren de las cuatro, en que venían de la capital de la provincia—juntos por una feliz coincidencia—los diestros y el joven predicador, á quien todo el pueblo consideraba ya como una de sus glorias; los éxitos que como lector y orador había conseguido Tomás en el Seminario no habían pasado inadvertidos para sus paisanos, y éstos, aumentándolos con esa propensión á la hipérbole que todos tenemos cuando de las

glorias propias se trata, creían tener ya entre ellos á un Bossuet ó á un padre Calpena.

Pensaban hacer al hijo predilecto una entusiasta recepción, y el pueblo entero se aglomeraba en los andenes de la estación con la banda de música al frente, desde una hora antes de la señalada para la llegada del tren; afuera, á la espalda de la estación y en el comienzo de la carretera, habían puesto sendos arcos de follaje formados por ramas de naranjo y limonero, y en cuyo centro campeaba en gruesas letras un apóstrofe que decía: «¡Viva Tomasico!» Estos arcos estaban probablemente destinados á que los mozos más vehementes, en el entusiasmo de la recepción, se los comiesen á bocados como un homenaje al recién llegado... Ya había ocurrido esto el año anterior, en víspera de elecciones, con motivo de una visita que hizo al pueblo el candidato de oposición, para convencerse de si aquellos electores eran tan brutos como le había dicho el subsecretario de Gobernación.

La viuda, para esperar á su hijo, se había puesto lo mejor del arca; estaba radiante, y realmente la cosa no era para menos. Al lado de ella, y no menos olímpico y solemne, estaba el padre Bernardo, con la sotana nueva de las grandes ocasiones, recibiendo los homenajes de todos, como si todo aquello se hubiese organizado en honor suyo, ya que él era—ó creía ser—el que había estimulado la vocación del joven Tomás, llegando á un tan feliz resultado.

Bibiana y Rufina estaban allí, en segundo término, ardiente la primera de curiosidad por ver cómo podía hablar tan bien desde el púlpito quien sólo sabía decirles torpezas é indecencias en la reja; y ansiosa la segunda, sobre todas las cosas, viéndose ya de ama del nuevo cura, á quien esperaba ver descender del tren, con sobrepelliz y todo, no sabiendo que para eso habrían de pasar muchos años.

Pero el tren llegaba y la curiosidad del concurso se elevó al infinito; la banda inició un vals que parecía una marcha fúnebre, y antes de

que el convoy se detuviera se escuchó un ¡viva Tomasico! que desgarró el espacio como un trueno. Millares de ojos se clavaron en las ventanillas buscando el rostro del viajero...

Y le vieron, efectivamente. De un vagón de tercera se apeó un mozo vistiendo pantalón ceñido y plegada guayabera, y que componía su tocado capilar con unos tufos y un rabo en el occipucio á manera de coleta. Era Tomás; detrás de él fueron bajando al andén hasta doce mocitos de idéntica indumentaria, que eran los dignos miembros de la cuadrilla de *Los Niños del Seminario*.

Hubo en el público un revuelo de asombro y de estupor. La viuda, que iba á abrazar á su hijo, se detuvo aterrada:

—¡Pero, hijo mío!

Don Bernardo, con voz agria, avanzó hacia el diestro:

—¡Pero Tomás!

—¡Qué quieren ustedes!... La vocación.

—¡Qué vocación ni qué narices!

—Sí, Don Bernardo; sí, madre mía; no lo duden ustedes; es mi destino.

—Pero ¿no decías que una voz del cielo...

—Precisamente; pero á usted mismo le he oído decir mil veces que á Dios se puede ir por infinitos caminos. Yo, cuando me sentí llamado, equivoqué el camino para ir á donde se me llamaba; al darme cuenta de la equivocación he rectificado... y esto es todo.

Y todo ello lo decía con un ligero acento andaluz que, sin duda, la profesión iba infiltrando en él poco á poco.

El pueblo, que ante el asombro había interrumpido los vivas, se dió cuenta de que esta interrupción era absurda. Después de todo, ¿no era un héroe el que tenía ante su vista? ¿Qué importaba que la heroicidad fuese de sacristía ó de circo taurino?... Y con esa volubilidad que ha constituido siempre el fondo de su historia, comenzó á gritar de nuevo con enardecimiento: «¡Viva Tomasico! ¡viva Tomasico!»

Joaquín Delgado

Ayuntamiento de Madrid

Números publicados de EL CUENTO SEMANAL

Año I.—Primer semestre.—1.* Jacinto Octavio Picón: *Jesencanto*.—2.* Jacinto Benavente: *La sonrisa de Gioconaa*.—3.* Gregorio Martínez Sierra: *Aventura*.—4.* Eduardo Zamacois: *La cita*.—5.* Salvador Rueda: *La guitarra*.—6.* Antonio Zozaya: *La maldita culpa*.—7.* Emilia Pardo Bazán: *Cada uno...*.—8.* Joaquín Dicenta: *Una letra de cambio*.—9.* Felipe Trigo: *Reveladoras*.—10.* José Francés: *El alma viajera*.—11.* Eduardo Marquina: *La caravana*.—12.* Juan Pérez Zúñiga: *La soledad del campo*.—13.* Pedro de Répide: *Del Rastro a Maravillas*.—14.* Manuel Bueno: *Guillermo el apasionado*.—15.* Manuel Linares Rivas: *La espuma del champagne*.—16.* Pedro Mata: *Ni amor ni arte*.—17.* Amado Rueda: *Un sueño*.—18.* Alejandro Sawa: *Historia de una reina*.—19.* F. Villaspesa: *El milagro de las rosas*.—20.* S. y J. Álvarez Quintero: *La madreclita*.—21.* Sinesio Delgado: *El fin de una leyenda*.—22.* Ramírez-Angel: *De corazón en corazón*.—23.* A. La Rubiera: *La conquista del jándalo*.—24.* Mauricio López-Roberts: *Las tres reinas*.—25.* Colombine: *El tesoro del castillo*.—26.* F. Serrano de la Pedrosa: *¡Por mala!*

Segundo semestre.—27.* Pablo Parellada: *Pompas de jabón*.—28.* Ramón Pérez de Ayala: *Artemisa*.—29.* Manuel Ugarte: *La leyenda del gaucho*.—30.* Mariano Vallejo: *Deuda pagada*.—31.* Arturo Reyes: *La Moruchita*.—32.* Angel Guerra: *Al «jallo»*.—33.* Rafael Leyda: *Santificarás las fiestas*.—34.* Cristóbal de Castro: *Luna, lunera...*.—35.* Ricardo J. Citarineu: *Almas errantes*.—36.* Francisco F. Villegas (Zeda): *Confesión*.—37.* Claudio Frollo: *Cómo murió Arriaga*.—38.* Antonio Paolomero: *Don Claudio*.—39.* Pompeyo Gener: *Últimos momentos de Miguel Servet*.—40.* Carlos Luis de Cuenca: *Lo que son las cosas*.—41.* J. López Pinillos: *Frente al mar*.—42.* Blanca de los Ríos: *Las hijas de D. Juan*.—43.* Julio Camba: *El desierto*.—44.* Miguel Sawa: *La muñeca*.—45.* Luis Bello: *El corazón de Jesús*.—46.* J. Ferrándiz: *El «Dies iræ» de San Huberto*.—47.* A. R. Bonnat: *Un hombre serio*.—48.* Alberto Insúa: *Las señoritas*.—49.* J. M.* Salaverria: *El literato*.—50.* Apelles Mestres: *La espada*.—51.* Blanco-Beimonte: *La ciencia del dolor*.—52.* Rafael Salillas: *Quiero ser santo*.—53.* NÚMERO-ALMANAQUE: *Del camino, por Joaquín Dicenta. Precio: 50 céntimos*.—54.* Manuel Linares Rivas: *Un fiel amador*.—55.* Antonio Zozaya: *Cómo delinquen los viejos*.—56.* Eduardo Marquina: *«La muestra»*.—57.* Arturo Gómez-Lobo: *La senda estéril*.—58.* Sinesio Delgado: *Espíritu puro*.—59.* Pedro de Répide: *El solar de la bolera*.—60.* Eduardo Zamacois: *El collar*.—61.* J. Francés: *Mientras las horas duermen*.—62.* Gabriel Miró: *Nómada*.—63.* Ramón A. Urbano: *El barbero del usla*.—64.* Pascual Santacruz: *Nobleza obliga*.—65.* José M.* Matheu: *Un bonito negocio*.—66.* Leonardo Sherif: *Los cuernos de la luna*.—67.* Francisco F. Villegas (Zeda): *La fábrica*.—68.* Blanca de los Ríos: *Madrid goyesco*.—69.* Felipe Sassone: *Viendo la vida*.—70.* y 71.* Benito Pérez Galdós: *Gerona*.—72.* Jacinto Octavio Picón: *Rivales*.—73.* G. Martínez Sierra: *Torre de marfil*.—74.* A. Hernández-Catá: *El pecado original*.—75.* Arturo Reyes: *El Niño de los Cárteles*.—76.* F. García-Sánchez: *Historia romántica*.—77.* Felipe Trigo: *El gran simpático*.—78.* Ramón M. Tenreiro: *E bruñamiento*.

Segundo semestre.—79.* Cristóbal de Castro: *Las insaciables*.—80.* Joaquín Dicenta: *La gañanía*.—81.* Colombine: *Senderos de vida*.—82.* Salvador Rueda: *El poema de los ojos*.—83.* José Santos Chocano: *La cruz y el sol*.—84.* Claudio Frollo: *Las cuatro mujeres*.—85.* Eduardo Marquina: *Corneja siniestra*.—86.* Mauricio López-Roberts: *En la cuarta plana*.—87.* A. Zozaya: *La princesita de Pan y Miel*.—88.* Pedro de Répide: *Noche perdida*.—89.* Manuel Ugarte: *La sombra de la madre*.—90.* Pedro Mata: *Cuesta abajo*.—91.* F. Serrano de la Pedrosa: *El «Emperador»*.—92.* Joaquín Dicenta: *Galerna*.—93.* J. Benavente: *Nuevo coloquio de los perros*.—94.* A. Martínez Olmedilla: *Por dónde viene la dicha*.—95.* Condesa de Pardo Bazán: *Alende la verdad*.—96.* J. Ortiz de Pinedo: *La dicha humilde*.—97.* Eduardo Zamacois: *El paralítico*.—98.* Felipe Trigo: *Las posadas del Amor*.—99.* J. M.* Salaverria: *Mundo subterráneo*.—100.* A. González Blanco: *Un amor de provincia*.—101.* J. López Pinillos: *Los enemigos*.—102.* Antonio Zozaya: *La bala fría*.—103.* Condesa de Pardo Bazán: *Belcebú*.—104.* Juan Pérez Zúñiga: *El cocodrilo azul*.—105.* Manuel Bueno: *El talón de Aquiles*.—106.* Enrique López Alarcón: *La Cruz del Can*.—107.* J. Téllez y López: *Mater admirabilis*.—108.* R. Urbano: *La Santa Fe*.—109.* F. Flores García: *El padrino*.—110.* G. Martínez Sierra: *Egloga*.—111.* Felipe Trigo: *Lo irreparable*.—112.* J. J. Lorente: *Fueros de la carne*.—113.* J. Benavente: *¡A ver que hace un hombre!*.—114.* Cijes Aparicio: *La venganza*.—115.* F. Periquet: *Exhausto*.—116.* López de Haro: *Vulgaridad*.—117.* Cristóbal de Castro: *La bonita y la fea*.—118.* Eugenio Sellés: *Ensueños de muñecas*.—119.* Luis Calpeña: *Un milagro del Arte*.—120.* Pedro Mata: *La celada de Alonso Quijano*.—121.* R. del Valle-Inclán: *Una tertulia de antaño*.—122.* José M.* Matheu: *Entre el oro y la sangre*.—123.* Alberto Insúa: *Cómo cambia el amor*.—124.* Pedro G. de la Hoz: *Hidalguía morisca*.—125.* Ricardo León: *Amor de caridad*.—126.* F. Serrano de la Pedrosa: *La broma*.—127.* Emilio Carrère: *El dolor de llegar*.—128.* Eduardo Marquina: *Beso de oro*.—129.* Guillermo Hernández: *Pedazos de vida*.—130.* José Francos Rodríguez: *La hora feliz*.

Año III.—Primer semestre.—105.* Manuel Bueno: *El talón de Aquiles*.—106.* Enrique López Alarcón: *La Cruz del Can*.—107.* J. Téllez y López: *Mater admirabilis*.—108.* R. Urbano: *La Santa Fe*.—109.* F. Flores García: *El padrino*.—110.* G. Martínez Sierra: *Egloga*.—111.* Felipe Trigo: *Lo irreparable*.—112.* J. J. Lorente: *Fueros de la carne*.—113.* J. Benavente: *¡A ver que hace un hombre!*.—114.* Cijes Aparicio: *La venganza*.—115.* F. Periquet: *Exhausto*.—116.* López de Haro: *Vulgaridad*.—117.* Cristóbal de Castro: *La bonita y la fea*.—118.* Eugenio Sellés: *Ensueños de muñecas*.—119.* Luis Calpeña: *Un milagro del Arte*.—120.* Pedro Mata: *La celada de Alonso Quijano*.—121.* R. del Valle-Inclán: *Una tertulia de antaño*.—122.* José M.* Matheu: *Entre el oro y la sangre*.—123.* Alberto Insúa: *Cómo cambia el amor*.—124.* Pedro G. de la Hoz: *Hidalguía morisca*.—125.* Ricardo León: *Amor de caridad*.—126.* F. Serrano de la Pedrosa: *La broma*.—127.* Emilio Carrère: *El dolor de llegar*.—128.* Eduardo Marquina: *Beso de oro*.—129.* Guillermo Hernández: *Pedazos de vida*.—130.* José Francos Rodríguez: *La hora feliz*.

Segundo semestre.—131.* Eugenio Noel: *Alma de santa*.—132.* Luis de Tapia: *Así en la tierra*.—133.* Juan A. Caves: *La Niña de los rubies*.—134.* Luis Antón del Olmet: *Por qué soy un bohemio*.—135.* E. Menéndez y Pelayo: *El su mite*.—136.* Bernardo Herrero Ochoa: *La esfinge de hielo*.—137.* Luis Huidobro: *Carucho*.—138.* Federico Urrecha: *El suicidio de Regúlez*.—139.* J. Pous y Pagés: *El hombre bueno*.—140.* Alfonso García del Busto: *Sueño de hogar*.—141.* Benigno Varela: *La Terrorista*.—142.* Andrés González-Blanco: *El castigo*.—143.* Francisco Villaspesa: *El último Auder*.—144.* E. Gómez Carrillo: *Nuestra Señora de los Ojos Verdes*.—145.* F. Falero Marquina: *Rara avis*.—146.* Felipe Trigo: *A todo honor*.—147.* Ramón Pérez de Ayala: *Sentimental Club*.—148.* Carmen de Burgos (Colombine): *En la guerra*.—149.* Rafael López de Haro: *Del Tajo en la ribera*.—150.* Eduardo Marquina: *Rosas de sangre*.—151.* Martínez Cuadrado: *Semana de Pasión*.—152.* Concepción Gimeno de Flaquer: *Una Eva moderna*.—153.* Alberto Insúa: *El crimen de la calle de...*.—154.* Carlos Fernández Suar: *El poema de Caracol*.—155.* Luis Cánovas: *El obstáculo*.—156.* Sofía Casanova: *La princesa del amor hermoso*.—157.* Miguel Ramos Carrón: *La reina de los Madgyares*.

Año IV.—Primer semestre.—158.* Salvador Rueda: *El poema a la mujer*.—159.* Pedro de Répide: *Un cuento de viejas*.—160.* Dorio de Gádex: *Por el camino de las tonterías*.—161.* Arturo Reyes: *De mi almiar*.—162.* Vicente Almela: *La senda triste*.—163.* Joaquín Belda: *Un baile de trajes*.—164.* Carlos Miranda: *Mi niña*.—165.* Benigno Varela: *Relámpagos de mi vida*.—166.* Antonio M. Viérgol: *La tragedia política*.—167.* Felipe Sassone: *En carne viva*.—168.* Joaquín Dicenta: *El idilio de Pedrín*.—169.* Waldo A. Insúa: *Vida truncada*.—170.* Prudencio Canitrot: *El señorito rural*.—171.* Anagela Barco: *Femina*.—172.* A. Hernández Catá: *La distancia*.—173.* E. Marquina: *Fin de raza*.—174.* Antonio de Hoyos y Vinent: *La reconquista*.—175.* Luis Huidobro: *La casa número 13*.—176.* José María Tenreiro: *La agonía de Madrid*.—177.* Emilio Carrère: *Elvira la espiritual*.—178.* Gustavo Vivero: *Amelia*.—179.* Concha Espina de Serna: *La ronda de los galanes*.—180.* Mark-Twain: *El capitán Tormenta*.—181.* Anatole France: *Komm «el Atribata»*.—182.* Francisco Rodríguez Marin: *Azar*.

Segundo semestre.—183.* León Tolstoy: *Valor*.—184.* Felipe Trigo: *Además del frac*.—185.* Colette Willy: *Mi alma era cautiva*.—186.* Alberto Insúa: *La camarera del Bar Inglés*.—187.* Alfonso Daudet: *Calvario*.—188.* Charles Bau laire: *La Fanfarlo*.—189.* Antonio de Hoyos y Vinent: *La estocada de la tarde*.—190.* Robert L. Stevenson: *El diablo embolado*.—191.* Manuel Linares Rivas: *Lo que no vale la pena*.—192.* Emilio Carrère: *Aventuras de Amber, el luchador*.—193.* Eça de Queiroz: *El difunto*.—194.* José M.* Salaverria: *Nicéforo, el tirano*.—195.* Paul Hervieu: *Los ojos verdes*.—196.* Juan Tomás Salvany: *Quinientas pesetas*.—197.* Benigno Varela: *La humilde curiosa*.—198.* Joaquín Belda: *No hay burlas con el casero*.—199.* A. González Blanco: *Idilio de a ea*.—200.* Emiliano Ramírez Angel: *El precipicio*.—201.* José Francés: *La venganza del río*.—202.* Augusto Martínez Olmedilla: *El precipicio*.—203.* Federico Jaques: *La última jugada*.—204.* Alejandro Larrubiera: *Tia Paz*.—205.* Julio de Hoyos: *Evangelina*.—206.* Mauricio López Roberts: *Mar adentro*.—207.* Luis Antón del Olmet: *La risa del fauno*.—208.* Pedro de Répide: *Un cuento de pirarod de ayer*.—209.* NÚMERO EXTRAORDINARIO. López Silva: *El patio tranquilo*.

Año V.—Primer semestre.—210.* Francisco Villaspesa: *La venganza de Aischa*.—211.* Eugenio Noel: *El rey se divierte*.—212.* Isaac Muñoz: *Los ojos de Astarté*.—213.* Manuel Aranaz Castellanos: *El cojo, campeón*.—214.* Arturo Reyes: *Sangre gitana*.—215.* Emiliano Ramírez Angel: *Historia sin desenlace*.—216.* José M. Matheu: *Después de la caída*.—217.* J. López Pinillos: *El ladronzuelo*.—218.* F. García Sanchiz: *Pastorela*.—219.* Vicente Pastor: *Los amores de Vicente Pastor*.—220.* Eugenio Noel: *El crimen de un partido político*.—221.* José Francés: *El hombre que veía la muerte*.—222.* P. Conrado Muñiz Sáenz: *El problema de Job*.—223.* Luis Antón del Olmet: *La canción del jugador*.—224.* Luis Huidobro: *Prometeo*.—225.* Emilio Carrère: *El último amor humano*.—226.* Joaquín Belda: *La casa de Bayas*.—227.* Pedro Luis de Gálvez: *La Rosa Blanca*.—228.* Pedro de Répide: *Las cartas de la azafata Cloe*.—229.* Eduardo Barriobero: *La cofradía de los mirones*.—230.* Eugenio Noel: *Don Oliverio XXIV de Bombón*.—231.* Javier Valcarlos: *Acaso*.—232.* Manuel Linares Rivas: *Las alondras*.—233.* Augusto Martínez Olmedilla: *Un milagro en Lourdes*.

ROSA DE ORO

PERFUMERIA Y PELUQUERIA DE SEÑORAS
DE ANTONIO MARTÍNEZ

Últimas novedades en peinados y postizos de París, pelucas de época y fantasía. Polvos finísimos IDEAL BELLEZA, muy adherentes, última creación.—DOS PESETAS caja
JACOMETREZO, 3 Y 5.—MADRID

LA COIFFURE DE PARIS

(PELUQUERIA DE SEÑORAS)

Postizos París invisibles.—Ondulación natural.
Peinados alta fantasía.—Bisofé París, creación de la casa.

CORREDERA BAJA, 19

(JUNTO Á LARA)

Antinervioso HOWARD

Tónico incomparable, de eficacia indiscutible (probada durante muchos años) para corregir las alteraciones del sistema nervioso. Su preparación en píldoras facilita el uso y no hay NEURASTENIA que se resista á su poder. Rechácese toda caja que no sea de lata y carezca del nombre de sus propietarios.

Pérez Martín y Comp.^a, Alcalá, 9, Madrid

LEASE BIEN EL PROSPECTO

Alhajas de ocasión

Compra y venta de toda clase de alhajas, ropas de invierno hechas y en corte, platearía, relojería, porcelanas, cuadros, alfombras, tapices, impermeables, gabanes, ropa blanca, paraguas, escopetas é infinitad de artículos de gusto

PEZ, NUMERO 11, TRIPLICADO
(portada roja)

PASTILLAS CRESPO

de Mentol
y Cocaína

Su preparación esmerada y exacta dosificación las acredita desde hace más de 15 años como el mejor medicamento para la garganta, el más agradable de tomar y el mayor calmante DE LA TOS. No contienen opio ni sus compuestos; no ensucian el estómago y evitan la inflamación de las mucosas.

Pesetas, 1,50 la caja

Por mayor: PEREZ MARTIN Y C.
MADRID, Calle de Alcalá, 9, MADRID

García Guerra, Hijo

JOYERIA MODELO

Pulseras de pedida desde 40 pesetas.—Objetos de plata para bodas y regalos

3, LUNA, 3

EL AJUAR DE CASA

53, San Bernardo, 53

Casa Central: Pez, núm. 20.—Teléfono 2.588

Brasseros de latón, desde 9 pesetas, completos.

Juegos de portieres, latón, desde 5.

Calientapiés de todas clases.

Alzapauos. Varillas para visillos y alfombras.

Baterías de cocina extranjeras.

Jaulas y plumeros.

25 por 100 comprando en estas Casas

Colecciones de EL CUENTO SEMANAL

(De los años 1907, 1908, 1909 y 1910)

Se venden en esta Administración al precio de 25 pesetas, lujosamente encuadernadas

GRANDES TALLERES DE

ENCUADERNACIÓN DE

JOSÉ YAGÜES

8, NUNCIO, 8

Se hace toda clase de trabajos de encuadernación, libros rayados, etc
Especialidad en encuadernación de revistas ilustradas

Para todo cuanto se relacione con la publicidad en **El Cuento Semanal**, dirigirse á D. Juan Pérez D. Aragón, Fuencarral, 90, bajo

Ayuntamiento de Madrid



MEDINA

Abrigos para señora,
de piel de nutria, á
medida, largo hasta
el suelo, con forro
:: :: de seda :: ::

300 pesetas

== SIN SEÑAL ==



MEDINA

10, CARMEN, 10